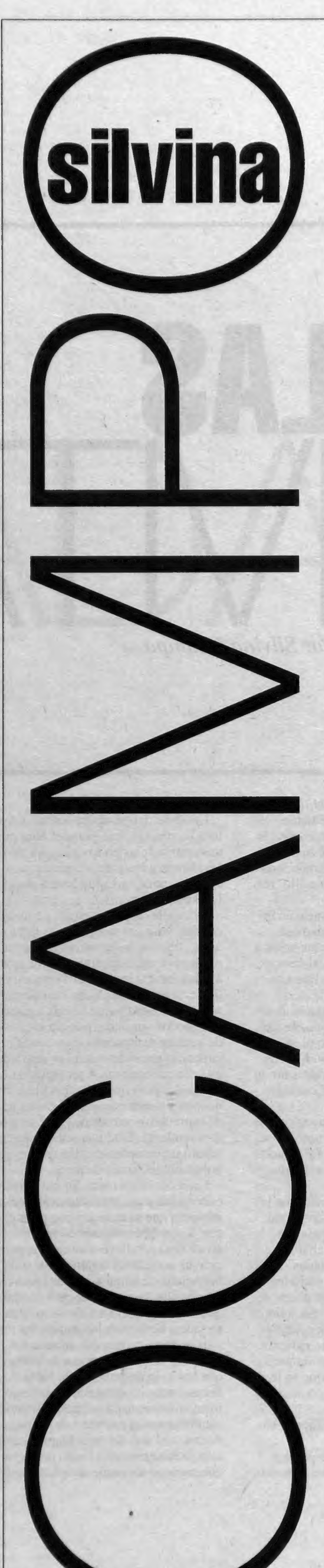


silvina OCAMPO

Alejandro Amdan

Cierto día, caminando por la calle, habiendo estado en casa de Silvina Ocampo, Borges le decía a Wilcock, después de haber hablado de muchas otras escritoras: "Silvina, por como escribe, en cambio, es uncanny". Uncanny es una antigua palabra más anglosajona que inglesa que no se puede traducir, pero en este caso sirve para designar lo mágico sobrenatural, todo aquello que no se puede explicar. Parece que Silvina Ocampo era así, excepcional, en el sentido que era rara, poco común, original, curiosa. Parece que en aquella conversación, en señal de asentimiento, Wilcock entonó los versos del Doctor Marianus del final del *Fausto* de Goethe: "Lasse mich im blauen / ausgespannten Himmelszelt / Dein Geheimnis schauen!", o sea, "¡Suprema soberana del mundo, déjame contemplar tu misterio en el tenso pabellón de los cielos!".

La eficacia de su prosa depende de un hecho excepcional: que la autora era sobre todo una poeta, y, justamente, una poeta excepcional. En el desolado clima literario de los años '40 apareció la voz lapidaria de Silvina Ocampo, y hace falta que pasen muchos años para que la envidia local dé paso a la abierta admiración.

Como todo poeta importante, comenzó siendo lírica; esto es, escribió hablando de sí misma y de sus propios sentimientos, y luego se volvió descriptiva. Las dos etapas pueden convivir mucho tiempo juntas, pero el verdadero poeta siempre tiende a ser dramático. Pocos –probablemente sólo Olga Orozco lo ha conseguido– dominaron como ella el relato como forma poética. Pero ¿qué es el drama? Para que exista el drama debe haber personajes, y el poeta debe renunciar a la pretensión de describirse a sí misma. Tiene que indagar a los demás. Esto requiere gran trabajo, lo que explica por qué fueron tan pocos los narradores que consiguieron crear algo "universal" antes de los treinta o treinta y cinco años. Cuando el poeta consigue atravesar el umbral que lleva de la lírica al drama, cuando deja de hablar de sí mismo (lo que, al final, no significa otra cosa que hablar de sí mismo a través del mundo), el universo es suyo.

Las niñas invitadas a una fiesta de cumpleaños no tienen la mejor de las conductas. "Cuando volvieron de su viaje los padres de Lucio, no supieron quiénes fueron la niñas que lo habían visitado para el día de su cumpleaños y pensaron que su hijo tenía relaciones clandestinas, lo que era, y probablemente seguirá siendo, cierto." Esta observación, que cierra el relato "Las invitadas", tiene un tono trivial que lo engrandece. Las niñas invitadas son los siete pecados capitales.

Silvina Ocampo nació en 1906 y murió en 1993. Fue hermana de Victoria Ocampo y la esposa de Adolfo Bioy Casares, con quien escribió una pequeña novela sutil y cautivante, *Los que aman, odian*. Publicó muchos libros de relatos y de poesía, algunos de ellos hoy inhallables: *Autobiografía de Irene* (1948), *La furia* (1959) *Las invitadas* (1961) y *Los días de la noche* (1970). ■



LAS INVITA

Por Silvina Ocampo

Para las vacaciones de invierno, los padres de Lucio habían planeado un viaje al Brasil. Querían mostrar a Lucio el Corcovado, el Pan de Azúcar, Tiyuca y admirar de nuevo los paisajes a través de los ojos del niño.

Lucio enfermó de rubéola: esto no era grave, pero "con esa cara y brazos de sémola", como decía su madre, no podía viajar.

Resolvieron dejarlo a cargo de una antigua criada, muy buena. Antes de partir recomendaron a la mujer que para el cumpleaños del niño, que era en esos días, comprara una torta con velas, aunque no fueran a compartirla sus amiguitos, que no asistirían a la fiesta por el inevitable miedo al contagio.

Con alegría, Lucio se despidió de sus padres: pensaba que esa despedida lo acercaba al día del cumpleaños, tan importante para él. Prometieron los padres traerle de Brasil, para consolarlo, aunque no tuvieran de qué consolarlo, un cuadro con el Corcovado, hecho con alas de mariposas, un cortaplumas de madera con un paisaje del Pan de Azúcar, pintado en el mango, y un anteojito de larga vista, donde podría ver los paisajes más importantes de Río de Janeiro, con sus palmeras, o de Brasilia, con su tierra roja.

El día consagrado, en la esperanza de Lucio, a la felicidad, tardó en llegar. Vastas zonas de tristeza empañaron su advenimiento, pero una mañana, para él tan diferente de otras mañanas, sobre la mesa del dormitorio de Lucio brilló por fin la torta con seis velas, que había comprado la criada, cumpliendo con las instrucciones de la dueña de casa. También brilló, en la puerta de entrada, una bicicleta nueva, pintada de amarillo, regalo dejado por los padres.

"A las cinco de la tarde golpearon a la puerta. La criada fue a abrir, creyendo que era un repartidor o un mensajero. Pero Lucio sabía quién golpeaba. No podían ser sino ellas, las invitadas. Se alisó el pelo en el espejo, se mudó los zapatos, se lavó las manos. Un grupo de niñas impacientes, con sus respectivas madres, estaba esperando.



Esperar cuando no es necesario es indignante; por eso la criada quiso celebrar el cumpleaños, encender las velas y saborear la torta a la hora del almuerzo, pero Lucio protestó, diciendo que vendrían sus invitados por la tarde.

–Por la tarde la torta cae pesada al estómago, como la naranja que por la mañana es de oro, por la tarde de plata y por la noche mata. No vendrán los invitados –dijo la criada–. Las madres no los dejarán venir, de miedo al contagio. Ya se lo dijeron a tu mamá.

Lucio no quiso entender razones. Después de la riña, la criada y el niño no se hablaron hasta la hora del té. Ella durmió la siesta y él miró por la ventana, esperando.

A las cinco de la tarde golpearon a la puerta. La criada fue a abrir, creyendo que era un repartidor o un mensajero. Pero Lucio sabía quién golpeaba. No podían ser sino ellas, las invitadas. Se alisó el pelo en el espejo, se mudó los zapatos, se lavó las manos. Un grupo de niñas impacientes, con sus respectivas madres, estaba esperando. –Ningún varón entre estos invitados. ¡Qué extraño! –exclamó la criada– ¿Cómo te llamas? –preguntó a una de las niñas que se le antojó más simpática que las otras.

–Me llamo Livia.

Simultáneamente las otras dijeron sus nombres y entraron.

–Señoras, hagan el favor de pasar y de sentarse –la criada dijo a las señoras, que obedecieron en el acto.

Lucio se detuvo en la puerta del cuarto. ¡Ya parecía más grande! Una por una, mirándolas en los ojos, mirándoles las manos y los pies, dando un paso hacia atrás para verlas de arriba abajo, saludó a las niñas.

Alicia llevaba un vestido de lana, muy ceñido, y un gorro tejido con punto de arroz, de esos antiguos, que están a la moda. Era una suerte de viejita, que olía a alcanfor. De sus bolsillos caían, cuando sacaba su pañuelo, bolitas de naftalina, que recogía y que volvía a guardar. Era precoz sin duda, pues la expresión de su cara demostraba una honda preocupación por cuanto hacían alrededor de ella. Su preocupación provenía de las cintas del pelo que las otras niñas tironeaban y de un paquete que traía apretado entre sus brazos y del cual no quería desprenderse. Este paquete contenía un regalo de cumpleaños. Un regalo que el pobre Lucio jamás recibiría.

Livia era exuberante. Su mirada parecía encenderse y apagarse como la de esas muñecas que se manejan con pilas eléctricas. Tan exuberante como cariñosa, abrazó a Lucio y lo llevó a un rincón, para decirle un secreto: el regalo que le traía. No necesitaba de ninguna palabra para hablar; este detalle desagradable para cualquiera que no fuera Lucio, en ese momento, parecía una burla para los demás. En un diminuto paquete, que ella misma desenvolvió, pues no podía soportar la lentitud con que Lucio lo desenvolvería, había dos muñecos toscos imantados que se besaban irresistiblemente en la boca, estirando los cuellos, cuando estaban a determinada distancia el uno del otro. Durante un largo rato, la niña mostró a Lucio cómo había que manejar los muñecos, para que las

Noticia biográfica de Guillermo Piro. De La
Se reproduce aquí por gentileza de Fondo



LAS INVITADAS

Por Silvina Ocampo



Para las vacaciones de invierno, los padres de Lucio habían planeado un viaje al Brasil. Querían mostrar a Lucio el Corcovado, el Pan de Azúcar, Tiyuca y admirar de nuevo los paisajes a través de los ojos del niño.

Lucio enfermó de rubéola: esto no era grave, pero "con esa cara y brazos de sémola", como decía su madre, no podía viajar.

Resolvieron dejarlo a cargo de una antigua criada, muy buena. Antes de partir recomendaron a la mujer que para el cumpleaños del niño, que era en esos días, comprara una torta con velas, aunque no fueran a compartirla sus amiguitos, que no asistirían a la fiesta por el inevitable miedo al contagio.

Con alegría, Lucio se despidió de sus padres: pensaba que esa despedida lo acercaba al día del cumpleaños, tan importante para él. Prometieron los padres traerle de Brasil, para consolarlo, aunque no tuvieran de qué consolarlo, un cuadro con el Corcovado, hecho con alas de mariposas, un cortaplumas de madera con un paisaje del Pan de Azúcar, pintado en el mango, y un anteojito de larga vista, donde podría ver los paisajes más importantes de Río de Janeiro, con sus palmeras, o de Brasilia, con su tierra roja.

El día consagrado, en la esperanza de Lucio, a la felicidad, tardó en llegar. Vastas zonas de tristeza empañaron su advenimiento, pero una mañana, para él tan diferente de otras mañanas, sobre la mesa del dormitorio de Lucio brilló por fin la torta con seis velas, que había comprado la criada, cumpliendo con las instrucciones de la dueña de casa. También brilló, en la puerta de entrada, una bicicleta nueva, pintada de amarillo, regalo dejado por los padres.

“ A las cinco de la tarde golpearon a la puerta. La criada fue a abrir, creyendo que era un repartidor o un mensajero. Pero Lucio sabía quién golpeaba. No podían ser sino ellas, las invitadas. Se alisó el pelo en el espejo, se mudó los zapatos, se lavó las manos. Un grupo de niñas impacientes, con sus respectivas madres, estaba esperando.



Esperar cuando no es necesario es indignante; por eso la criada quiso celebrar el cumpleaños, encender las velas y saborear la torta a la hora del almuerzo, pero Lucio protestó, diciendo que vendrían sus invitados por la tarde.

–Por la tarde la torta cae pesada al estómago, como la naranja que por la mañana es de oro, por la tarde de plata y por la noche mata. No vendrán los invitados –dijo la criada–. Las madres no los dejarán venir, de miedo al contagio. Ya se lo dijeron a tu mamá.

Lucio no quiso entender razones. Después de la riña, la criada y el niño no se hablaron hasta la hora del té. Ella durmió la siesta y él miró por la ventana, esperando.

A las cinco de la tarde golpearon a la puerta. La criada fue a abrir, creyendo que era un repartidor o un mensajero. Pero Lucio sabía quién golpeaba. No podían ser sino ellas, las invitadas. Se alisó el pelo en el espejo, se mudó los zapatos, se lavó las manos. Un grupo de niñas impacientes, con sus respectivas madres, estaba esperando. –Ningún varón entre estos invitados. ¡Qué extraño! –exclamó la criada– ¿Cómo te llamas? –preguntó a una de las niñas que se le antojó más simpática que las otras.

–Me llamo Livia.

Simultáneamente las otras dijeron sus nombres y entraron.

–Señoras, hagan el favor de pasar y de sentarse –la criada dijo a las señoras, que obedecieron en el acto.

Lucio se detuvo en la puerta del cuarto. ¡Ya parecía más grande! Una por una, mirándolas en los ojos, mirándoles las manos y los pies, dando un paso hacia atrás para verlas de arriba abajo, saludó a las niñas.

Alicia llevaba un vestido de lana, muy ceñido, y un gorro tejido con punto de arroz, de esos antiguos, que están a la moda. Era una suerte de viejita, que olía a alcanfor. De sus bolsillos caían, cuando sacaba su pañuelo, bolitas de naftalina, que recogía y que volvía a guardar. Era precoz sin duda, pues la expresión de su cara demostraba una honda preocupación por cuanto hacían alrededor de ella. Su preocupación provenía de las cintas del pelo que las otras niñas tironeaban y de un paquete que traía apretado entre sus brazos y del cual no quería desprenderse. Este paquete contenía un regalo de cumpleaños. Un regalo que el pobre Lucio jamás recibiría.

Livia era exuberante. Su mirada parecía encenderse y apagarse como la de esas muñecas que se manejan con pilas eléctricas. Tan exuberante como cariñosa, abrazó a Lucio y lo llevó a un rincón, para decirle un secreto: el regalo que le traía. No necesitaba de ninguna palabra para hablar; este detalle desagradable para cualquiera que no fuera Lucio, en ese momento, parecía una burla para los demás. En un diminuto paquete, que ella misma desenvolvió, pues no podía soportar la lentitud con que Lucio lo desenvolvería, había dos muñecos toscos imantados que se besaban irresistiblemente en la boca, estirando los cuellos, cuando estaban a determinada distancia el uno del otro. Durante un largo rato, la niña mostró a Lucio cómo había que manejar los muñecos, para que las posturas fueran más perfectas o más raras. Dentro del mismo paquetito había también una perdiz que silbaba y un cocodrilo verde. Los regalos o el encanto de la niña cautivaron totalmente la atención de Lucio, que desatendió al resto de la comitiva, para esconderse en un rincón de la casa con ellos.

Irma, que tenía los puños, los labios apretados, la falda rota y las rodillas arañadas, enfurecida por el recibimiento de Lucio, por su deferencia por los regalos y por la niña exuberante que susurraba en los rincones, golpeó a Lucio en la cara con una energía digna de un varón, y no contenta con eso rompió a puntapiés la perdiz y el cocodrilo, que quedaron en el suelo, mientras las madres de las niñas, unas hipócritas, según lo afirmó la criada, lamentaban el desastre ocurrido en un día tan importante.

La criada encendió las velas de la torta y corrió las cortinas para que relucieran las luces misteriosas de las llamas. Un breve silencio animó el rito. Pero Lucio no cortó la torta ni apagó las velas como lo exige la costumbre. Ocurrió un escándalo: Milona clavó el cuchillo y Elvira sopló las velas.

Angela, que estaba vestida con un traje de organdí lleno de entredoses y de puntillas, era distante y fría; no quiso probar ni un confite de la torta, ni siquiera mirarla, porque en su casa, según su testimonio, para los cumpleaños, las tortas contenían sorpresas. No quiso beber la taza de chocolate porque tenía nata y cuando le trajeron el colador, se ofendió y diciendo que no era una bebita, tiró todo al suelo. No se enteró, o fingió no enterarse, de la riña que hubo entre Lucio y las dos niñas apasionadas (ella era más fuerte que Irma, así lo afirmó), tampoco se enteró del escándalo provocado por Milona y Elvira, porque, según sus declaraciones, sólo los estúpidos asisten a fiestas cursis, y ella prefería pensar en otros cumpleaños más felices.

–¿Para qué vienen a estas fiestas las niñas que no quieren hablar con nadie, que se sientan aparte, que desprecian los manjares preparados con amor? Desde chiquitas son aguafiestas –rezongó la criada ofendida, dirigiéndose a la madre de Alicia.

–No se aflija –contestó la señora–, todas se parecen.

–¡Cómo no voy a afligirme! Son unas atrevidas: soplan sobre las velas, cortan la torta sin ser el niño del cumpleaños.

Milona era muy rosada.

–No me da ningún trabajo para hacerla comer –decía la madre, relamiéndose los labios–. No le regale muñecas, ni libros, porque no los mirará. Ella reclama bombones, masas. Hasta el dulce de membrillo ordinario le gusta con locura. Su juego favorito es el de las comiditas.

Elvira era muy fea. Aceitoso pelo negro le cubría los ojos. Nunca miraba de frente. Un color verde, de aceituna, se extendía sobre sus mejillas; padecía del hígado, sin duda. Al ver el único regalo, que había quedado sobre una mesa, lanzó una carcajada estridente.

–Hay que poner en penitencia a las chicas que regalan cosas feas. ¿No es cierto, mamá? –dijo a su madre.

Al pasar frente a la mesa, consiguió barrer con su pelo largo, enmarañado, los dos muñecos, que se besaron en el suelo.

–Teresa, Teresa –llamaban las invitadas.

“ La criada encendió las velas de la torta y corrió las cortinas para que relucieran las luces misteriosas de las llamas. Un breve silencio animó el rito. Pero Lucio no cortó la torta ni apagó las velas como lo exige la costumbre. Ocurrió un escándalo: Milona clavó el cuchillo y Elvira sopló las velas.



Teresa no contestaba. Tan indiferente como Angela, pero menos erguida, apenas abría los ojos. Su madre dijo que tenía sueño: la enfermedad del sueño. Se hace la dormida.

–Duerme hasta cuando se divierte. Es una felicidad, porque me deja tranquila –agregó.

Teresa no era del todo fea; parecía, a veces, hasta simpática, pero era monstruosa si uno la comparaba con las otras niñas. Tenía párpados pesados y papada, que no correspondían a su edad. Por momentos parecía muy buena, pero hay que desengañarse: cuando una de las niñas cayó al suelo por su culpa, no acudió en su ayuda y quedó repantigada en la silla, dando gruñidos, mirando el cielo raso, diciendo que estaba cansada.

"Qué cumpleaños", pensó la criada, después de la fiesta. "Una sola invitada trajo un regalo. No hablemos del resto. Una se comió toda la torta; otra rompió los juguetes y lastimó a Lucio; otra se llevó el regalo que trajo; otra dijo cosas desagradables, que sólo dicen las personas mayores, y con su cara de pan crudo ni me saludó al irse; otra se quedó sentada en un rincón como una cataplasma, sin sangre en las venas; y otra, ¡Dios me libre!, me parece que se llamaba Elvira, tenía cara de víbora, de mal agüero, pero creo que Lucio se enamoró de una, ¡la del regalo!, sólo por interés. Ella supo conquistarlo sin ser bonita. Las mujeres son peores que los varones. Es inútil."

Cuando volvieron de su viaje los padres de Lucio, no supieron quiénes fueron las niñas que lo habían visitado para el día de su cumpleaños y pensaron que su hijo tenía relaciones clandestinas, lo que era, y probablemente seguiría siendo, cierto.

Pero Lucio ya era un hombrecito. ■

Noticia biográfica de Guillermo Piro. De *Las reglas del secreto*, de Silvina Ocampo.
Se reproduce aquí por gentileza de Fondo de Cultura Económica.

ADAS



posturas fueran más perfectas o más raras. Dentro del mismo paquetito había también una perdiz que silbaba y un cocodrilo verde. Los regalos o el encanto de la niña cautivaron totalmente la atención de Lucio, que desatendió al resto de la comitiva, para esconderse en un rincón de la casa con ellos.

Irma, que tenía los puños, los labios apretados, la falda rota y las rodillas arañadas, enfurecida por el recibimiento de Lucio, por su deferencia por los regalos y por la niña exuberante que susurraba en los rincones, golpeó a Lucio en la cara con una energía digna de un varón, y no contenta con eso rompió a puntapiés la perdiz y el cocodrilo, que quedaron en el suelo, mientras las madres de las niñas, unas hipócritas, según lo afirmó la criada, lamentaban el desastre ocurrido en un día tan importante.

La criada encendió las velas de la torta y corrió las cortinas para que relucieran las luces misteriosas de las llamas. Un breve silencio animó el rito. Pero Lucio no cortó la torta ni apagó las velas como lo exige la costumbre. Ocurrió un escándalo: Milona clavó el cuchillo y Elvira sopló las velas.

Angela, que estaba vestida con un traje de organdí lleno de entredoses y de puntillas, era distante y fría; no quiso probar ni un confite de la torta, ni siquiera mirarla, porque en su casa, según su testimonio, para los cumpleaños, las tortas contenían sorpresas. No quiso beber la taza de chocolate porque tenía nata y cuando le trajeron el colador, se ofendió y diciendo que no era una bebita, tiró todo al suelo. No se enteró, o fingió no enterarse, de la riña que hubo entre Lucio y las dos niñas apasionadas (ella era más fuerte que Irma, así lo afirmó), tampoco se enteró del escándalo provocado por Milona y Elvira, porque, según sus declaraciones, sólo los estúpidos asisten a fiestas cursis, y ella prefería pensar en otros cumpleaños más felices.

–¿Para qué vienen a estas fiestas las niñas que no quieren hablar con nadie, que se sientan aparte, que desprecian los manjares preparados con amor? Desde chiquitas son aguafiestas –rezongó la criada ofendida, dirigiéndose a la madre de Alicia.

–No se aflija –contestó la señora–, todas se parecen.

–¡Cómo no voy a afligirme! Son unas atrevidas: soplan sobre las velas, cortan la torta sin ser el niño del cumpleaños.

Milona era muy rosada.

–No me da ningún trabajo para hacerla comer –decía la madre, relamiéndose los labios–. No le regale muñecas, ni libros, porque no los mirará. Ella reclama bombones, masas. Hasta el dulce de membrillo ordinario le gusta con locura. Su juego favorito es el de las comiditas.

Elvira era muy fea. Aceitoso pelo negro le cubría los ojos. Nunca miraba de frente. Un color verde, de aceituna, se extendía sobre sus mejillas; padecía del hígado, sin duda. Al ver el único regalo, que había quedado sobre una mesa, lanzó una carcajada estridente.

–Hay que poner en penitencia a las chicas que regalan cosas feas. ¿No es cierto, mamá? –dijo a su madre.

Al pasar frente a la mesa, consiguió barrer con su pelo largo, enmarañado, los dos muñecos, que se besaron en el suelo.

–Teresa, Teresa –llamaban las invitadas.

Teresa no contestaba. Tan indiferente como Angela, pero menos erguida, apenas abría los ojos. Su madre dijo que tenía sueño: la enfermedad del sueño. Se hace la dormida.

“La criada encendió las velas de la torta y corrió las cortinas para que relucieran las luces misteriosas de las llamas. Un breve silencio animó el rito. Pero Lucio no cortó la torta ni apagó las velas como lo exige la costumbre. Ocurrió un escándalo: Milona clavó el cuchillo y Elvira sopló las velas.”



–Duerme hasta cuando se divierte. Es una felicidad, porque me deja tranquila –agregó.

Teresa no era del todo fea; parecía, a veces, hasta simpática, pero era monstruosa si uno la comparaba con las otras niñas. Tenía párpados pesados y papada, que no correspondían a su edad. Por momentos parecía muy buena, pero hay que desengañarse: cuando una de las niñas cayó al suelo por su culpa, no acudió en su ayuda y quedó repantigada en la silla, dando gruñidos, mirando el cielo raso, diciendo que estaba cansada.

“Qué cumpleaños”, pensó la criada, después de la fiesta. “Una sola invitada trajo un regalo. No hablemos del resto. Una se comió toda la torta; otra rompió los juguetes y lastimó a Lucio; otra se llevó el regalo que trajo; otra dijo cosas desagradables, que sólo dicen las personas mayores, y con su cara de pan crudo ni me saludó al irse; otra se quedó sentada en un rincón como una cataplasma, sin sangre en las venas; y otra, ¡Dios me libre!, me parece que se llamaba Elvira, tenía cara de víbora, de mal agüero, pero creo que Lucio se enamoró de una, ¡la del regalo!, sólo por interés. Ella supo conquistarlo sin ser bonita. Las mujeres son peores que los varones. Es inútil.”

Cuando volvieron de su viaje los padres de Lucio, no supieron quiénes fueron las niñas que lo habían visitado para el día de su cumpleaños y pensaron que su hijo tenía relaciones clandestinas, lo que era, y probablemente seguiría siendo, cierto.

Pero Lucio ya era un hombrecito. ■

...as del secreto, de Silvina Ocampo. ...ltura Económica.

TODO CON A

Encuentre en la sopa las palabras de la lista, todas con la misma inicial. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

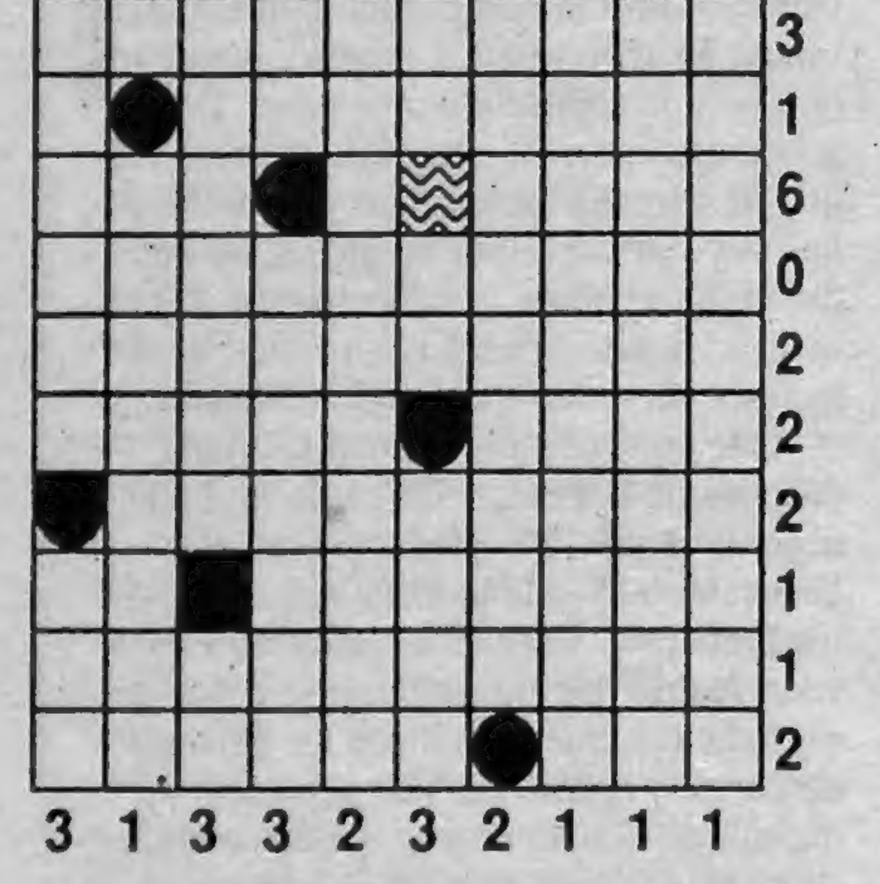
ABIGAIL	AGUSTINA	ALMA
ADA	AIDA	AMALIA
ADELA	ALBA	AMANDA
ADELAIDA	ALCIRA	AMELIA
ADELINA	ALEIDA	AMPARO
ADELMA	ALEJANDRA	ANA
ADRIANA	ALICIA	ANAHI
AGUEDA	ALINA	



L	A	I	L	E	M	A	A	O	U	N	I
A	N	A	H	I	C	N	L	A	L	M	A
A	L	E	D	A	I	C	I	L	A	O	D
A	D	I	A	L	E	D	A	S	M	E	I
G	U	R	E	A	A	N	G	O	A	E	E
A	S	D	L	L	A	L	I	A	L	I	L
N	A	I	B	I	A	N	B	S	I	A	A
A	N	A	R	E	G	L	A	U	A	D	M
A	A	D	E	L	M	A	C	D	R	E	P
I	A	D	N	A	M	A	A	I	D	U	A
A	G	U	S	T	I	N	A	A	R	G	R
A	L	E	J	A	N	D	R	A	D	A	O

BATALLA NAVAL

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a la que se muestra en las figura 1, también se da algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.





ENIGMATICO

Este es un juego especialmente creado para crucigrameros con gran sentido del humor: se trata de un crucigrama compuesto por palabras comunes y corrientes, definidas de una manera nada convencional. Encontrará adivinanzas, juegos de palabras, anagramas (ENIGMA-IMAGEN), y otros delirios que no le anticipamos para generar más suspenso. En fin, pase y verá.

HORIZONTALES

1. Golpea a bruscos porque son de cáscara gruesa.
2. No es un tipo piola el que consume el jugo de las adormideras verdes./ Ha sido un año raro ... lo voy a extrañar.
3. Son redondas estas cartas iguales dirigidas a varias personas para notificarles algo.
4. En la hoguera está el holmio./ Verás este cuerno más tarde.
5. Prohíbe al filón de mineral.
6. Labré la tierra en medio de la tarea./ Es algo lento, pero llenará el gran barril.
7. El cebú, horrorizado, oyó los chistidos de esta ave nocturna./ **Verá si** su gorra tiene esta solapa que tapa el sol.
8. Factor de la sangre y oxígeno para la letra griega./ ¿Es un dios, o alimento?/ El indio tiene su propio símbolo.
9. Final y recipiente con asa para beber se mezclan y forman la máscara que cubre la cara.
10. Conozco esta palabra./ Bajo el **arco** canta la rana./ En misa, un balanceo de Salamanca.
11. **Os asó** la de hueso./ Un santo muy corto.

VERTICALES

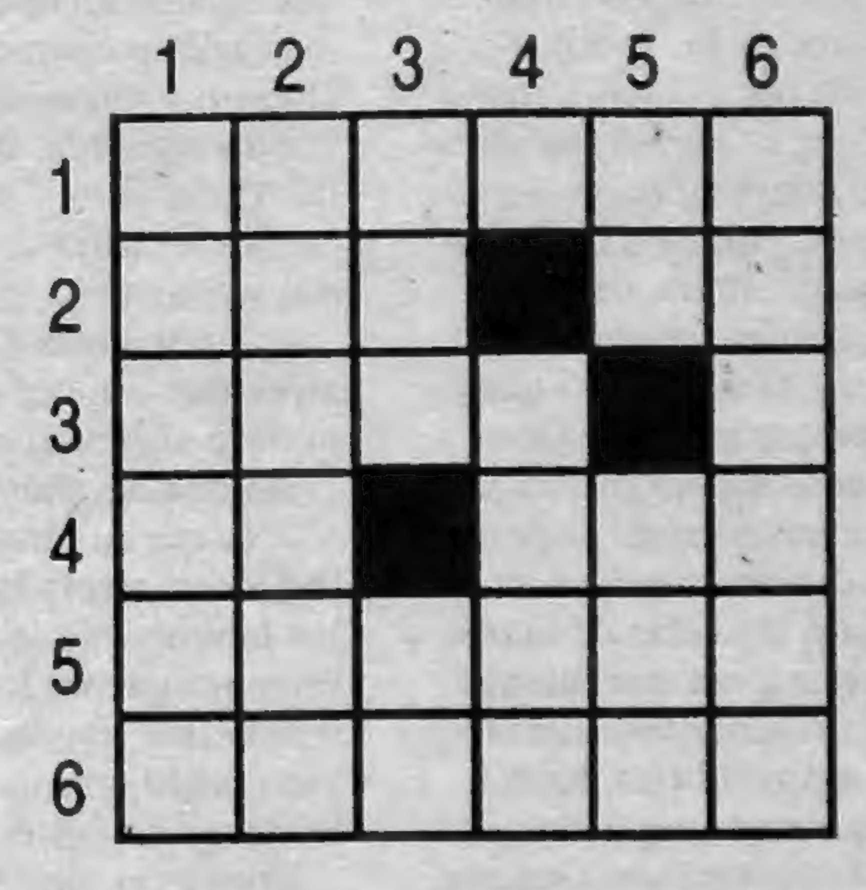
1. **Cascó hombro** sucio, grasiento y maloliente.
2. Es muy rico en ensalada con manzana, roquefort y nuez./ En los diccionarios no figura, pero todos decimos ¡...! si algo nos asombra o apena./ Esto existe.
3. La sirena tiene un caballero inglés./ El va hosco al ver estos vapores.
4. Automóvil y arrullo para el conductor./ Es un caso: sin vocales, hace cesio.
5. Te digo que ésta es muy fácil./ **Rapa** y detiene.
6. **Le ara** la calaña./ En la selva no está el hueco y vacío.
7. Parte de tu cuñada está en la punta del dedo./ No son tanta, ni tontas: se usan para dar color.
8. Los cantos **rodados** parecen cubiertos de oro.
9. Mejor es que reces./ El negro tiene un gas noble./ Se suele escribir en la última página de los libros.
10. A pesar del desastre, ríase en las tiendas que venden ropa para señores.
11. Levantas nitrógeno, mezclas y arrojas.

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Suéter.
2. Moda./ Ma.
3. Sale.
4. El./ Millar.
5. Terno.
6. Atoras.

VERTICALES
1. Ligera.
2. Fruslero.
3. Seo./ Ri.
4. Mata.
5. At./ Día.
6. Imitas.



SOLUCIONES — Miércoles 7/1

GRILLA LITERARIA

A. SOMBREROS
B. TAPARRABO
C. EMPALMAR
D. NUMERAN
E. DISENSO
F. HIPOCAMPO
G. ALBAHACA
H. LISBONES

"Para pasar siempre por hombre amable, sólo basta con no hablar nunca de sí mismo." Stendhal.

COLUMNAS MOVEDIZAS

"La gente ha de responder ante la sociedad por aquello de lo que no es responsable. Un loco es responsable de su locura y se le encierra a él, no a su progenitor. Un enfermo es el responsable de su enfermedad y se le encierra a él y no al que le ha contagiado. Se es responsable aunque no se sea culpable." Carlos Octavio Bunge.

CORRESPONDENCIAS

Diseñadores con nombre y apellido:
1-C, 2-B, 3-D, 4-A.
Películas con gangsters y mafiosos:
1-A, 2-D, 3-B, 4-C.
Protagonistas de obras de teatro:
1-D, 2-C, 3-A, 4-B.
Desiertos:
1-B, 2-A, 3-C, 4-D.